

SUSCRICION

En las oficinas de la **CORRESPONDENCIA ILUSTRADA**, Infantas, núm. 42, bajo. En la librería de Fe. Carrera de San Jerónimo, núm. 2; en todas las demás librerías, y en el centro de suscripciones, Pasaje del café de Madrid.

En provincias por medio de nuestros Corresponsales, á escribiendo directamente á esta Administración.

Número suelto
10 CENTS.



DIRECTOR, D. PEDRO PAGAN.

PRECIOS

Madrid, 1 mes. 2
Prov. 3 meses. 7'50

PORTUGAL

3 meses..... 7'50

EXTRANJERO

3 meses..... 22'50

ULTRAMAR

3 meses..... 25

ANUNCIOS

Línea..... 0'20

Comunicados y reclamos, precios convencionales.

Número suelto
10 CENTS.



AÑO II.—(II Epoca.)

Viernes 25 de Marzo de 1881

NUM. 179

NUESTRO GRABADO

¿Quién es ese hombre que, armado de un fusil, se lanza fuera de su hogar y á quien en vano intenta detener su esposa?

¿Se dispone á cometer robos y asesinatos, impulsado por el hambre?

¿Va á defender su hogar contra las agresiones de los malhechores?

¿Es acaso un patriota dispuesto á consumir el sacrificio de su vida, en aras de la independencia de su país?

¿O un irlandés á quien la cuestión agraria ha agriado el carácter hasta ese extremo?

Cualquiera de estas cosas, podemos afirmar con más fundamento que si dijéramos que iba á matar codornices.

También pudiera ser, y optamos por creerlo, para no hacer más suposiciones; también pudiera ser un pronunciado.

En su pueblo era asiduo concurrente á la tertulia establecida en casa del barbero, ó sea el sacristán, ó sea el boticario, que todas estas naturalezas había llegado á reunir aquel lector incansable del periódico más avanzado, cualquiera que fuese.

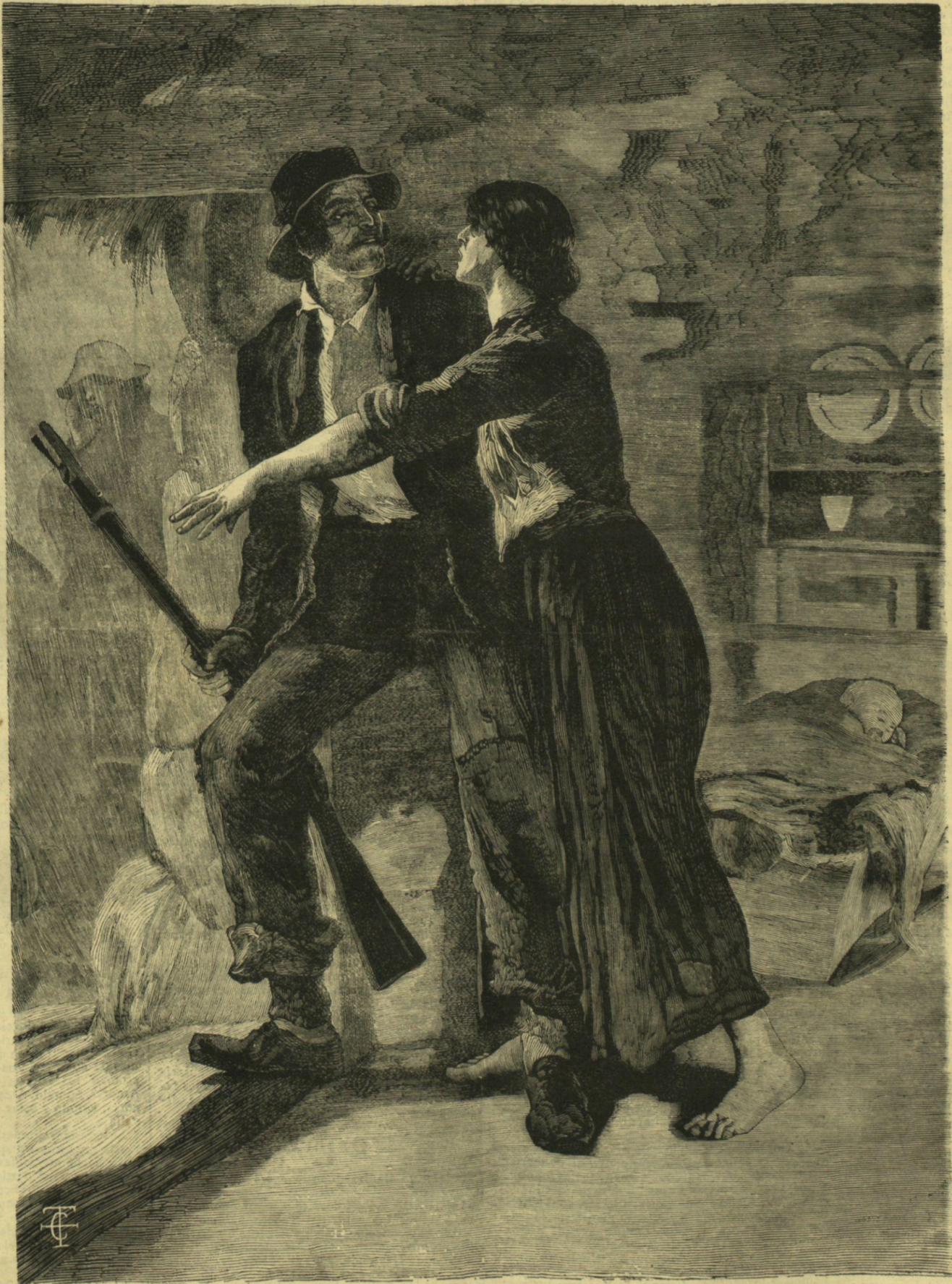
Allí había escuchado sin perder sílaba la lectura de artículos furibundos, en los que se agotaba el vocabulario de los denuestos y las amenazas. Entendábase sin perder sílaba para el oído, tan avaro de ellas, que eran muchas las palabras enteras que del oído no pasaban.

Pero lo que nuestro buen hombre no entendía, tampoco lo entendía el barbero; quien, por lo mismo que no sabía lo que aquello significaba, lo leía arqueando la voz y ahuecando la voz y hasta se interrumpía para decir con acento de satisfacción:

—¿Eh, qué tal? Hoy sí que viene fuerte, tío Geromo.

Ni el tío Geromo ni el resto del auditorio habían de confesar que no comprendían aquellas palabras; y contestaban con un gruñido de aprobación y tal cual puñetazo dado sobre la mesa con tal fuerza, que sólo la mesa podía llevarlo con paciencia.

Terminada la lectura, empezaban los comentarios.



No era el tío Geromo de los que más hablaban, y sin embargo todos los contertulios le miraban con cierta deferencia. Aquel era el hombre de acción; sabían que era valiente y que sería el primero en echarse á la calle cuando llegase la hora.

El barbero, después que ensayaba inútilmente encajar en la conversación las palabras que mejor le habían sonado durante la lectura, terminaba con la misma frase de siempre.

—Esto está perdido,—decía;—porque no hay hombres. Que me den á mí un batallón de infantería y dos cañones crú, y si no me como yo á Madrid, pierdo éste.

Y pasando su mano por el cuello, indicaba algo que tenía muy ensayado en las barbas que hacía á sus parroquianos.

—Diga usted—proseguía—que no hay vergüenza. Don Lorenzo es el amo del pueblo; los Ayuntamientos los hace siempre á su gusto, y así no paga contribución por la mitad de las haciendas que tiene; y lo que debía pagar él, lo pagamos los pobres; y luego cuente usted con un hombre, mientras D. Lorenzo no se entere; porque si se entera, ya tiene usted al hombre metido debajo de una tinaja. Y tanta fantasía porque le escribió una vez el ministro de Hacienda... Que me den á mí el cuartel de la Montaña, y veremos lo que hago yo de los ministros.

Todo esto lo había dicho el barbero, bajando la voz lo suficiente para que no lo hubiese oído don Lorenzo si acertaba á pasar por la calle; y cuando bajaba la voz por miedo, sino por no comprometer á los que estaban en su casa, bien lo sabe Dios; como sabe otras muchas cosas que no pueden probarse.

Al tío Geromo le parecían innecesarios aquellos pedidos de fuerzas militares al por mayor, con los que se comprometía á no dejar títtere con cabeza. Fiaba en su propio esfuerzo más que en el concurso de todos los ejércitos del universo, tenía tanta fé en la justicia de su causa, que le parecía imposible que el día del alzamiento no estuviesen á su lado todos los hombres de corazón, cuyo número hacía él su-